

Un adúltero americano

Jed Mercurio

«El merito de Jed Mercurio es convertir un episodio histórico de difusión masiva en novela original y sobresaliente. Aportar otro punto de vista sobre la figura de JFK: observarlo como caso clínico al igual que hubiera hecho, por ejemplo, el doctor Marañón...Kennedy visto por el ojo clínico de Mercurio, realidad novelada con la aséptica prosa de un historial médico que sirve, de paso, para desvelar la trastienda de la Historia...Kennedy compensa los desafíos de la alta política saciando el deseo compulsivo y con la anestesia farmacológica» (Sergi Doria, *Abc*).

«Interesantísimo... La narración es magnífica. La selección de episodios y personajes, la dramatización y las emociones y, en definitiva, el punto de vista del escritor sí que confieren la posibilidad de una comprensión renovada no sólo del personaje, sino, indirectamente, de cuantos afrontan la ardua tarea de dirigir una nación. Puede que tú no cambies tu país, pero la misión, con toda probabilidad, cambiará y destrozará tu vida personal» (Manuel Hidalgo, *El Mundo*).

«Un libro sorprendente y muy divertido» (J.M. Martí Font, *El País*).

«Éste es el retrato de un hombre seriamente enfermo, de un presidente al que unas balas asesinas y traicioneras liberaron de futuros escándalos en vida...El escritor británico describe en su obra la presidencia de los mil días de JFK, y en ella sitúa al joven político bajo la lente de un microscopio para elaborar un diagnóstico no excesivamente favorable en lo tocante a su vida privada» (Víctor Fernández, *La Razón*).

«La novela activa infaliblemente los mecanismos del morbo. Los ingredientes para desencadenarlo no pueden ser más eficaces: poder, sexo, drogas, glamour, y una pléyade de personajes envueltos ya en el halo de la leyenda: el propio JFK, Jaqueline, su elegante mujer, la desnortada y cocainómana Marilyn Monroe, un Frank Sinatra catapultado al éxito gracias a su inigualable voz pero también por amigos mafiosos...» (Alberto Ojeda, *elCultural.es*).

«La semana pasada me deshice en elogios tras leer la primera novela de la serie Millenium de Stieg Larsson, pero esta semana he leído una novela aún mejor. La firma Jed Mercurio, la publica Anagrama y se titula *Un adúltero americano*. Una maravilla...La novela es fascinante por varios motivos. En primer lugar las fuentes de las que bebe Mercurio van desde *El hombre sin atributos* de Mussil, hasta el nuevo periodismo de Tom Wolfe o la novela de no ficción *A sangre fría* que inmortalizó a Truman Capote. En un principio el lector pensará que lo sabe todo sobre la vida del presidente americano asesinado en Dallas, pero Mercurio demuestra que apenas sabemos nada del hombre, el tipo que “trabajaba” en la Casa Blanca...Lo grande es su oficio, *so english*, como narrador. Sus cuatrocientas páginas hipnotizan y fascinan y enamoran al lector. Porque también se trata de amor lo que subyace en esta historia protagonizada por un personaje real; una preciosa historia de amor. Una novela imprescindible. Para cualquier lector» (Javier Puebla, *Cambio 16*).

«Una radiografía íntima de JFK. Escrito grácilmente como un informe clínico, este escritor inglés ficciona, a partir de hechos verídicos, la vida sexual del héroe de guerra que enamoró a América tras la oscura posguerra mundial » (Cristina Castellón, *Adn*).

«La lectura de *Un adúltero americano* resulta sumamente entretenida» (Cayetano Sánchez, *Canarias 7*).

«No queda sino descubrirse ante la irreverencia y el humor negrísimo de esta brillante exposición de las regalías y las servidumbres del poder. Habrá que seguirle la pista a Jed Mercurio» (José Abad, *Granada Hoy*).

«Es una novela de lectura compulsiva, que sitúa al lector bajo la cama de la *suite* presidencial, el lugar que ninguno de los biógrafos del ex presidente se ha atrevido a pisar jamás» (Laura Fernández, *El Mundo*).

«Jed Mercurio mezcla los relatos biográficos con una ficción minuciosamente tratada en los detalles, en las conversaciones, en los personajes. Y lo logra a través de un humor ácido, diríamos cáustico» (Ivannia Salazar, *La Voz de Galicia*).

«Manipulando ligeramente la realidad y echando mano de sus conocimientos médicos para diseccionar a un personaje aquejado de prostatitis, osteoporosis, rinitis, infecciones cutáneas, enfermedad de Addison y problemas de espalda, entre otras dolencias, Mercurio plasma la eterna contradicción que presidió la vida de Kennedy: “En mi libro, JFK es un santo en público y un pecador en la vida privada”, asegura el escritor británico» (David Morán, *Abc*).

«La particularidad de *Un adúltero americano* es su enfoque: la novela aborda a JFK a partir de su irrefrenable deseo sexual» (Raül Maigí, *Avui*).

Declaraciones del autor

“Lo que más me llama la atención del presidente de los Estados Unidos es el hecho de contar con una figura que funja como la cabeza de una nación poderosísima y extraordinariamente compleja... De modo que la personalidad del presidente, el estilo del presidente y la apariencia del presidente acaban representando al país. Ya que fue Kennedy el primer presidente de la era de la televisión, me parece que fue él el primero en representar al país por completo... Y lo que ocurre con este personaje en particular es que la apariencia no es representativa de lo que hay detrás ni en términos de su estado físico ni en cuanto a su vida privada” (*The Guardian*).

“Lo más importante del libro es que el personaje Kennedy creía que necesitaba sexo para funcionar. Y eso es algo que lo conduce a lo largo de la novela. Cuando se ve imposibilitado para tener sexo, particularmente cuando recién llega a la presidencia, esta carencia lo distrae y le impide concentrarse a un grado tal que llega a sentir una necesidad patológica y una vez solucionándolo es capaz de alcanzar un cierto equilibrio psicológico” (*The Guardian*).

“Cuando terminé el libro, sentía una gran admiración por Kennedy. Confieso que quizás desde el principio me vi tentado a favorecerlo como presidente, pero a medida que investigaba fui dándome cuenta de que todo aquello que hizo durante su mandato fue verdaderamente admirable. En mi opinión, la mayoría de las críticas que se le han hecho como presidente carecen de fundamento” (*The Guardian*).

“Creo que Kennedy fue un hombre de su tiempo. Si quisiéramos buscarle un equivalente con un presidente reciente tendríamos que referirnos a Clinton. La diferencia es que a Clinton le tocó vivir en una época en la que la prensa jamás se mantendría al margen de la vida privada del presidente. Aunque como adultos podemos especular que el presidente Clinton no tenía sólo una aventura, sino varias, una de ellas fue la que salió a la luz y destruyó su legado y el periodo final de su presidencia” (*The Guardian*).

“Quería escribir sobre un hombre mujeriego. Tenía la idea de escribir sobre alguien con un oscuro secreto, virtuoso en apariencia. El personaje iba a ser un hombre cualquiera, un desconocido, pero al poner las cartas sobre la mesa me remitía constantemente a John F. Kennedy como modelo —“felizmente” casado, padre devoto, con una carrera exitosa, bueno en su trabajo—. Lo mencioné tantas veces que tuve que preguntarle a mi editor si podía escribir un libro sobre él” (*Scotsman*).

“Hasta donde sé, Kennedy no era ningún hipócrita. No predicaba sobre valores morales. Esta falta de hipocresía es importante para el personaje” (*Scotsman*).

Video en *The Guardian*:

<http://www.guardian.co.uk/books/video/2009/may/15/jed-mercurio-american-adulterer>

Biografía del autor:

Jed Mercurio (1966, Staffordshire, Inglaterra) estudió medicina y se alistó en la Royal Air Force mientras estaba en la facultad. Tras formarse como piloto renunció a su puesto para dedicarse a la medicina. Mientras era médico residente escribió un rompedor drama médico para la BBC titulado *Cardiac Arrest*. Mercurio vive en las afueras de Londres. Su primera novela, *Bodies*, fue adaptada con enorme éxito para una serie de la BBC. Su segunda novela, *Ascent*, fue publicada en 2007. Su tercera novela, *Un adúltero americano*, supuso su consagración internacional.



JFK, el infiel

El escritor británico Jed Mercurio analiza en su novela «Un adúltero americano» las otras vidas privadas de John F. Kennedy, un presidente de salud frágil que intentaba paliar sus males practicando sexo.



Victor Fernández · Barcelona

Éste es el retrato de un hombre seriamente enfermo, de un presidente al que unas balas asesinas y traicioneras libraron de futuros escándalos en vida. Eso es lo que aparece en las páginas de la novela de Jed Mercurio «Un adúltero americano» (Anagrama). El escritor británico describe en su obra la presidencia de los mil días de John F. Kennedy, y en ella sitúa al joven político bajo la lente de un microscopio para elaborar un diagnóstico no excesivamente favorable en lo tocante a su vida privada.

Caminar con muletas

El autor aseguró a LA RAZÓN que el JFK que dibuja en el libro es un hombre que «si no hubiera sido asesinado en Dallas el 22 de noviembre de 1963, le había matado la abundante medicación que consumía. Tenía que pasear por la Casa Blanca con muletas, cada día sufría dolor por las diversas enfermedades que pade-

cía, especialmente el mal de Addison». Uno de los tratamientos recomendados por algún indocumentado galeno para mitigar estos padecimientos fue el sexo. No es ningún secreto que JFK era infiel por naturaleza. La lista de sus conquistas puede ser equiparable a la de sus logros políticos en un mandato breve y que acabó abruptamente. Para la le-

yenda, Marilyn Monroe sigue siendo la primera en encabezar un «bit-parade» en el que hay espacio para otras actrices (Marlene Dietrich, Angie Dickinson y Jayne Mansfield), secretarías (Pamela Turnure), espías en época de la Guerra Fría (Ellen Rommesch), correos de la mafia y amigas de Frank Sinatra (Judith Campbell), miembros de la alta

sociedad de Washington (Mary Meyer), becarias (Marion «Mimi» Fahnstock) e incluso una hipotética primera esposa anterior a Jacqueline (Dorie Malcolm).

Para Mercurio, todos estos nombres y otros que permanecen en el anonimato no son el resultado de una dependencia del sexo: «Para él no era parecido a una droga. Se trataba más de una

compulsión. Sé que éste es un terreno delicado porque es un campo fértil para la controversia. En muchos casos no conocemos qué sucedió realmente. En este terreno se mueve mi obra, aunque fueron los médicos en estas situaciones los que lo animaron a que se comportara así», argumentó Mercurio.

El doctor «curalotodo»

Si hay que señalar a algún médico como responsable de los tratamientos que siguió, ése es el que aparece en «Un adúltero americano» bajo el alias de doctor «Curalotodo». En realidad, su nombre era Max Jacobson, más conocido como el doctor «Feel-good» (Me siento bien). Si hubiera sido uno más entre los muchos personajes que formaron el Camelot de Kennedy, Jacobson casi sería una anécdota. Sin embargo, su legado es bastante más triste porque, muy posiblemente, fue el causante de la adicción de JFK y de su esposa Jacqueline a una serie de fármacos peligrosos por crear dependencia. Robert Kennedy, fiel guardián

Las patologías del presidente

Mal de Addison. Probablemente sea la dolencia que más ha trascendido de cuantas padeció JFK. Ésta es una enfermedad muy poco conocida y que era considerada como fatal en los años 60. Se trataba de un fallo de las glándulas adrenales y la inhabilidad para producir cortisol, la hormona del estrés, necesaria para las defensas del organismo. Por esta razón, sin reserva de cortisol, una situación estresante o un accidente podían llevarlo al

colapso físico. Según uno de los mejores biógrafos del presidente, el historiador Robert Dalleck, la enfermedad no era conocida por el médico personal de Kennedy en la Casa Blanca. Uno de los curiosos efectos secundarios de este mal era el bronceado de la piel que se evidenciaba en las apariciones públicas del presidente.

Doloras de espalda. Una acción tan simple como vestirse constituía un ritual de amargura para. Desde muy joven sufrió importantes dolores de espalda, especialmente

en la columna, que no logró mitigar una operación anterior a su llegada a la Casa Blanca. Las muletas, empleadas en privado, y la mecedora del Despacho Oval, le ayudaron a sobrellevar aquel padecimiento.

Próstata y sinusitis. Los expedientes del presidente, en la biblioteca presidencial que lleva su nombre, demuestran que entre las dolencias también padecía problemas con la próstata y la uretra, además de sinusitis y colitis.



PASIÓN

La presidencia de los mil días estuvo marcada por muchas infidelidades. Arriba, Robert y John Kennedy junto a Marilyn Monroe tras la mítica fiesta de cumpleaños del presidente

de los secretos de su hermano, se encargó personalmente de que el laboratorio del FBI analizara cinco muestras de la medicación que ingería el presidente. Tanto el FBI como la Food and Drug Administration llegaron a la conclusión de que los productos contenían una elevada carga de anfetaminas y esteroides. El presidente, algo

molesto por el interés de su hermano, le diría sobre las recetas de Jacobson que «me da igual que sea orina de caballo. Funcionan».

Como plantea Mercurio, «los biógrafos no pueden entrar en los dormitorios y de todos estos episodios tenemos muy escasa documentación». En este sentido, admite que la relación con Marilyn Monroe no está clara. «Pudo ser introducida en el círculo de Kennedy por su cuñado, Peter Lawford, o por Frank Sinatra, porque los dos tenían la credibilidad suficiente como ara presentársela al presidente», señala. El escritor es escéptico respecto a que político y actriz tuvieran una aventura de un día—como apunta Donald Spoto, biógrafo de ella—, aunque sí cree que en la muerte de la rubia platino: «No imagino conspiraciones. Ella se tomó unas pastillas y ya está».

Sin charla de cama

En la novela, JFK aparece como un hombre al que no le gustaba conversar con sus amantes. Todo acabó siendo encuentros de una noche con la complicidad y silencio de los allegados al que fuera líder del mundo libre en los primeros años de la década de los 60. Por eso, no es fácil imaginar a un JFK comentando secretos de Estado a sus amantes, como ha creído algún paranoico al hablar del «affaire» con Marilyn. Pero hubo una excepción llamada Mary Meyer. «Ella fue un personaje fascinante que daría para una novela por sí misma. Nunca habló en público de todo esto porque murió muy poco después de la desaparición de JFK (fue asesinada en extrañas circunstancias en 1964). Ambos tenían la misma edad y habían recibido una educación análoga. Mary era algo parecido a una intelectual y con ella podía establecer diálogos inexistentes con

sus otras amantes en los años de la Casa Blanca», matiza Mercurio. En el otro extremo se encuentra una de las mujeres más odiadas por muchos estadounidenses, Judith Campbell Exner, una belleza morena con cierto parecido a Elizabeth Taylor. Sinatra, en su papel de celestino, se la presentó a JFK en Las Vegas y pronto se convirtieron en amantes. Cuando el director del FBI, J. Edgar Hoover, advirtió a Robert Kennedy de que el presidente se estaba viendo con una mujer que también se acostaba con Sam Giancana, jefe de la mafia de Chicago, la aventura

Robert Kennedy mandó analizar las recetas que le suministraban a su hermano

Mary Meyer fue la única amante con la que sintió una conexión intelectual

El corsé que llevaba le impidió esquivar las balas durante el magnicidio que lo mató en Dallas

fue cortada rápidamente. «Me hubiera gustado conocer a Judith. El problema es que siempre caía en contradicciones en cada una de sus declaraciones públicas. JFK sabía que ella tenía vínculos con el crimen organizado, pero no paró todo aquello hasta que supo de las advertencias de Edgar Hoover», explica el autor

de «Un adúltero americano». ¿Estos excesos acabaron por pasarle factura al presidente? Mercurio cree que sí y señala el corsé que siempre llevó Kennedy: «Si no lo hubiera llevado puesto durante el tiroteo que acabó con él en Dallas, creo que habría salvado la vida. La prenda limitaba sus movimientos, y tras el primer disparo no pudo actuar con rapidez para esquivar los siguientes. Se han escrito muchas cosas sobre el asesinato, pero cuando redactaba la novela pensaba que pudo haber sobrevivido».

Vida con fecha de caducidad

El corsé ortopédico, hoy guardado en los Archivos Nacionales de Washington, es una muestra más de los problemas de salud del joven presidente, a quien Mercurio no habría dado mucho tiempo de vida. «Los diversos tratamientos lo estaban minando. Más allá de 1964 habría estado demasiado enfermo como para emprender un nuevo mandato; era un hombre muy frágil. Todos sabemos que, por ejemplo, Franklin Roosevelt era un inválido y que murió durante su presidencia, pero, comparado con Kennedy, gozaba de mejor salud».

El escritor también cree que los escándalos sexuales —que en la novela parecen compararse con los que persiguieron a Bill Clinton— habrían salido pronto a la luz. Sobre esto recuerda que «sus asesores hicieron lo imposible para que nada fuera publicitado, aunque relaciones de carácter escandaloso, especialmente la que mantuvo con Ellen Romesch, se habrían descubierto pronto».

Por eso, en «Un adúltero americano», el asesinato de Dallas parece narrado casi como si hubiera supuesto una liberación para un hombre seriamente enfermo que murió asesinado un 22 de noviembre de 1963.

ADICTOS AL SEXO



MICHAEL DOUGLAS
Su matrimonio con Diandra Luker se rompió en 2000 después de que el actor confesase una larga carrera de infidelidades y, después, problemas con las drogas.



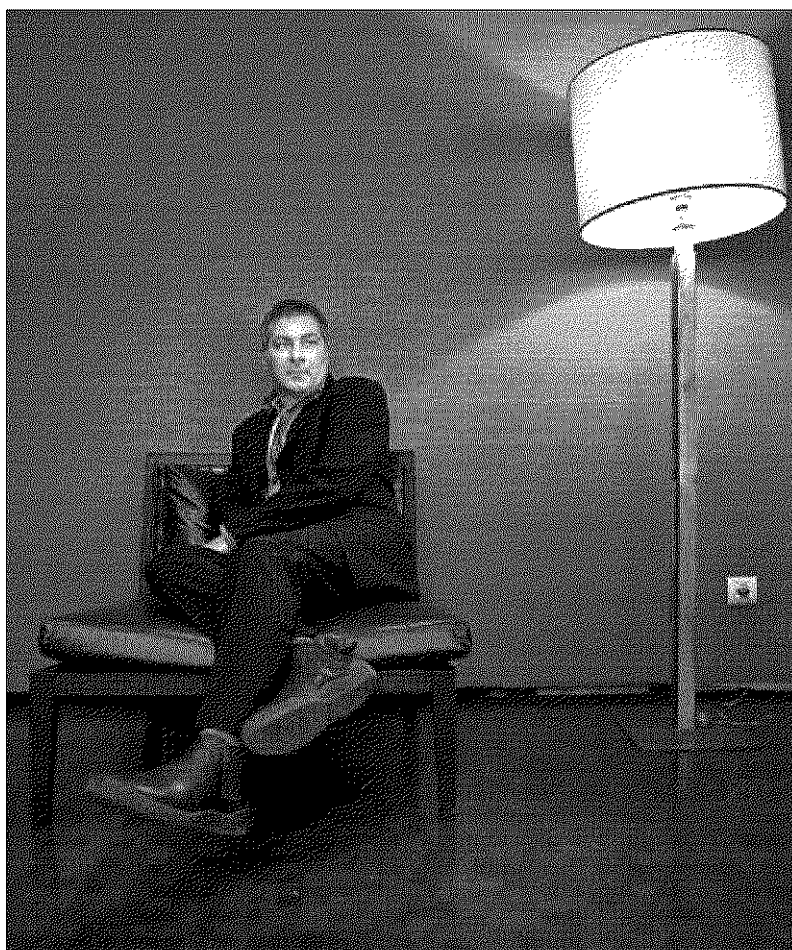
TIGER WOODS
Todo empezó con un simple accidente de coche que precipitó la caída del número uno de la historia del golf. Admitió su problema e ingresó en una clínica.



JOAN CRAWFORD
A la actriz, que fuera superestrella del cine mudo y sonoro, se le atribuyen las declaraciones: «Necesito tener sexo para tener bien la piel»



ROB LOWE
Después de que se filtrara una grabación con dos mujeres, una menor de edad, pidió el ingreso en un centro para superar su adicción. La niñera de sus hijos le acusó después de abusos.



El escritor inglés Jed Mercurio. / GIANLUCA BATTISTA

JED MERCURIO Escritor

“Kennedy era egoísta, solo le interesaba aliviarse”

J. M. MARTÍ FONT
Barcelona

Jed Mercurio (Staffordshire, 1966) ha escrito un libro sorprendente y muy divertido: *Un adúltero americano* (Anagrama), en el que novela la vida sexual de un priápico notable, el presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy, que sufría fuertes migrañas si pasaba más de tres días sin fornicar. El recurso de la ficción le permite a este médico reconvertido en escritor fabular sobre cómo sería la vida íntima del presidente y describir también la gran política y las costumbres de esa época extraordinaria.

Mercurio estudió Medicina en la Universidad de Birmingham y trabajó como médico en un hospital hasta que un día leyó un anuncio en una revista médica que pedía asesores para una serie de televisión y se presentó. De ahí salió su primer éxito: *Cardiac Arrest*. Esta formación es la que le permite describir con pelos y señales —y una saludable distancia— los muy reales problemas de salud que padecía el inquilino de la Casa Blanca: desde sus diarreas hasta la enfermedad de Addison, pasando por la rini-

tis, osteoporosis o la prostatitis.

Pregunta. ¿Kennedy practicaba el sexo por razones de salud? De su libro parece deducirse que su mente funcionaba mejor tras fornicar.

Respuesta. Lo usaba como una forma de terapia, pero creo que lo convirtió en un hábito; si no tenía sexo se deprimía. Se había acostumbrado de tal manera a la idea de que el sexo era lo que le relajaba, que ciertamente le relajaba, pero la cantidad de sexo que practicaba, el número de mujeres con las que lo hacía, va mucho más allá de lo racional, de la cuestión terapéutica. Creo que simplemente le gustaba.

P. ¿Con qué asiduidad practicaba el sexo?

R. Es difícil de saber, pero la pista más famosa se la dio él mismo al primer ministro británico Harold Macmillan cuando le dijo que más de tres días sin acostarse con una mujer le producía tremendas migrañas. Es decir: solo podía estar tres días seguidos sin sexo antes de estresarse.

P. ¿En términos literarios sería un Don Juan o un Casanova?

R. Sus motivaciones respecto al sexo han quedado en la oscuridad. Pero el motivo de la salud es

algo que le hace único; ninguno de estos dos arquetipos hubieran dicho que si no tenían sexo se ponían enfermos. Es algo más cercano a un adicto o a una personalidad compulsiva, que a un gran amante. De hecho, muchas de sus parejas sexuales dijeron que no estaba interesado en las técnicas amoratorias.

P. No era un buen amante.

R. No. Era muy egoísta. Le interesaba aliviarse rápidamente y nada más. Hay una cita de la actriz Angie Dickinson, que lo cifraba en 20 segundos.

P. ¿Era un predator sexual? ¿Eran consentidas todas esas relaciones o usaba su poder para someter a las mujeres?

R. No descarto que algunas mujeres se sintieran forzadas o violadas. Es una cuestión moral que dejo abierta al lector. También es cierto que en aquellos años esta era una manera de entender el sexo. Estoy seguro que a Clinton le hubiera gustado vivir en tiempos de Kennedy, cuando había un pacto de silencio en la prensa sobre la vida privada de los políticos. Pero al final del libro apunto que si no hubiera sido asesinado en Dallas un escándalo amenazaba su carrera.



«Un heroinómano del sexo, ése era Kennedy»

Jed Mercurio disecciona la figura del ex presidente en 'Un adúltero americano'

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona
John Fitzgerald Kennedy tenía un buen amigo al que llamaba Doctor Curalotodo, llevaba una faja ortopédica (que le impidió agacharse a tiempo de evitar la bala que acabó con su vida) y sí, se acostó con Marilyn Monroe, a la que, en cierto sentido, detestaba. La aborrecía como a (casi) todas las demás mujeres, una vez cubiertas sus necesidades. Y hubo muchas. Cientos. Porque John Fitzgerald Kennedy era «un heroinómano del sexo».

«Creía que se ponía enfermo si no tenía su dosis, como un drogadicto». El que habla es Jed Mercurio, un médico inglés que luego fue piloto, y más tarde otra vez médico y finalmente escritor (y productor y director de series de televisión), y un día quiso escribir sobre un sexoadicto famoso y se topó con Kennedy. «En principio, buscaba un deportista, pero allá donde mi-

ocurre entre un hombre y una mujer es sólo cosa de ellos dos. Por eso es tan difícil para sus biógrafos reconstruir la vida sexual del presidente. Todo son rumores. Habladurías que provienen de las chicas que se acostaron con él. Y todos sabemos también que una cosa es la relación que tenemos con alguien y otra muy distinta lo que contamos a los demás», argumenta el escritor, quien contó con la ayuda de un amigo psiquiatra (y experto en sexoadictos) para la elaboración del perfil del legendario político. «El sexoadicto es siempre alguien que puede permitírselo, un hombre atractivo y poderoso que excusa su comportamiento escudándose en una enfermedad que no existe; los sexoadictos son personas muy inteligentes y, por tanto, capaces de controlar sus instintos. Y, si no lo hacen, es porque no quieren», asegura.

La intención del escritor era confrontar la vida privada y la vida pública de una persona con dos caras. «Intenté hacer el retrato más positivo de él como presidente para crear el máximo contraste con su vida privada. Decidí que mi John Fitzgerald Kennedy sería un santo en público y un pecador en privado», apunta. También dice que admira muchas cosas de él. «Sobre todo, su valor para sobreponerse a sus problemas médicos». Tenía muchos. Desde la enfermedad de Addison hasta osteoporosis, pasando por graves crisis asmáticas derivadas de sus múltiples alergias y, por supuesto, sus problemas de próstata, que él, y el Doctor Curalotodo, vinculaban con sus necesidades sexuales. «Tenía que descargarse, y de la mejor forma posible (con una chica, no le valía el onanismo), para no enfermar», cuenta Mercurio.

«Decidí que el JFK de mi novela sería un santo en público y un pecador en privado»

raba siempre me encontraba con Kennedy», confiesa. Así que se puso manos a la obra. Y de su ardua investigación resulta *Un adúltero americano* (Anagrama), la disección del lado menos amable del ex presidente de Estados Unidos en la época en la que, dice, un hombre casado era un adúltero empedernido. «Bill Clinton habría matado por vivir en la Norteamérica de los 50», dice Mercurio.

Un adúltero americano es una novela de lectura compulsiva, que sitúa al lector bajo la cama de la suite presidencial, el lugar que ninguno de los biógrafos del ex presidente se ha atrevido a pisar jamás. «Lo que



Jed Mercurio, ayer en la presentación, en Barcelona, del libro 'Un adúltero americano', / ANTONIO MORENO

 **ORBYT.es**

>Vea hoy el análisis de Laura Fernández sobre Kennedy.



El escritor Jed Mercurio recrea en «Un adúltero americano» la sexualidad compulsiva (y clínica) del presidente

Las sábanas revueltas de JFK

DAVID MORÁN
BARCELONA

Su nombre suena a pseudónimo y su tercer libro se ha confundido en algunos lugares con una biografía de sábanas revueltas y camas asaltadas, pero ni lo primero es cierto ni lo segundo del todo exacto. «Nuestro hombre es un ciudadano americano que ocupa un alto cargo en el gobierno, casado y padre de familia, que opina que la monogamia rara vez ha sido el acicate de un gran hombre», escribe Jed Mercurio (Staffordshire, 1966) en las primeras páginas de «Un adúltero americano» (Anagrama), novela que analiza la figura de John Fitzgerald Kennedy desde su vértice más oscuro y desconocido; el de mujeriego compulsivo y víctima de una interminable lista de dolencias médicas. «Las biografías de Kennedy siempre se detienen frente a la puerta de su dormitorio, ya que su matrimonio fue muy enigmático y muy pocas de sus amantes hablaron de forma pública o creíble», apunta



Mercurio durante la presentación del libro en Barcelona.

Y el escritor inglés, médico de formación, ha utilizado la púrpura de la imaginación para traspasar esa última frontera y recrear los desmanes sexuales de un presidente que, tal y como le confesó al primer ministro británico Harold McMillan, sufría terribles dolores de cabeza si pasaba tres días sin acostarse con una mujer.

Apetito voraz

Así, manipulando ligeramente la realidad y echando mano de sus conocimientos médicos para diseccionar a un personaje aquejado de prostatitis, osteoporosis, rinitis, infecciones cutáneas, enfermedad de Addison y problemas de espalda, entre otras dolencias, Mercurio plasma la eterna contradicción que presidió la vida de Kennedy. «En mi libro, JFK es un santo en público y un pecador en la vida privada», asegura el escritor británico al tiempo que reconoce que se ha esforzado por dar la mejor imagen de Kennedy como presidente. «Decidí deliberadamente hacer el retrato más positivo del presidente para crear un gran contraste con su vida privada», explica.

Y es por esa vida privada por la que desfilan desde su mujer Jacqueline a Marilyn Monroe y Frank Sinatra pasando por la infinidad de mujeres con las que el presidente saciaba su voraz apetito sexual. «Él creía que era un adicto en el sentido estricto: decía que se ponía enfermo si no tenía su "droga", que es lo mismo que dicen los heroinómanos», explica Mercurio, dando a entender que el rumbo de la nación más imponente del mundo dependía de los encuentros sexuales de su mandatario.

El autor de «Bodies» subraya una y otra vez que «Un adúltero americano» es una novela, no una biografía, y quizá por eso mismo desvela que no siempre quiso abordar la figura de JFK. «Quería escribir sobre un personaje que tuviese una gran contradicción entre su vida pública y su vida privada; alguien que en su vida privada fuese adicto al sexo, y lo primero en lo que que pensé fue en escribir sobre una estrella del deporte», explica. «Si hubiese tenido un poco de visión de futuro podría haber escrito sobre Tiger Woods», añade con sorna.



John F. Kennedy AP

Adicciones y dolencias
«Kennedy creía que era un adicto en el sentido estricto; decía que se ponía enfermo si no tenía su "droga"», asegura Mercurio



Jed Mercurio novela en 'Un adúltero americano' la frenética vida sexual del presidente John Fitzgerald Kennedy

Priapo en la Casa Blanca

JOSEP MASSOT
Barcelona

Jed Mercurio (Staffors-hide, 1966) quiso ser médico y piloto de la RAF, pero prefirió escribir guiones de éxito para la televisión británica y una aplaudida ficción, *Ascent*, en la que imagina una conspiración de silencio sobre el viaje a la luna de un cosmonauta ruso antes de que Armstrong plantara allí las barras y estrellas. Su trabajo en la BBC le dio una clara percepción de lo que quiere el público. "Quería escribir -dice- sobre un famoso adicto al sexo y la contradicción entre la vida privada y la vida pública. Barajé varios nombres, pero en todas las conversaciones se repetía siempre el mismo: John Fitzgerald Kennedy". Un icono del siglo XX junto a otros iconos: Jackie, Frank Sinatra y Marilyn Monroe, más la crisis de los misiles, Bahía de Cochinos y la sombra del FBI.

Un adúltero americano aparece ahora en España y Anagrama no ha creído necesario poner la advertencia -"esto es un obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia"- de la edición de Simon and Schuster; y aún así, la crítica norteamericana, sobre todo la de Wa-

shington, despedazó el libro. "En EE.UU. -dice Mercurio- no entendieron que es una novela. No he intentado hacer una biografía, sino imaginarme lo que pasaba más allá de donde todas las biografías se detienen: la puerta del dormitorio. A no ser que una de las dos personas encerradas en el cuarto hable, nadie sabe lo que sucede allí dentro. Casi ninguna de las amantes de Kennedy habló y las pocas que lo hicieron no son fiables. Se sabe qué citas tenía y con quién, ¿pero alguien puede asegurar qué pasó en ellas, si dis-

"A Clinton le hubiera gustado vivir en la época de Kennedy; la mujer se liberó y cambiaron las cosas"

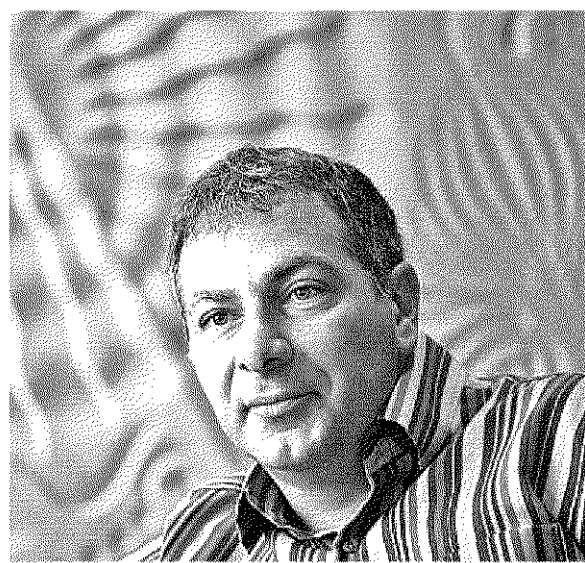
cutían o se amaban? Si hay algo que hemos aprendido al hacernos adultos es no hacer caso de las suposiciones. Nadie sabe qué pasó de verdad con Marilyn".

De Lillo, Mailer o Ellroy han escrito sobre Kennedy. A Mercurio le interesaba visualizar otra cosa: el contrapunto del estadista y padre de una familia joven con la del incontinente sexual. Leyó

biografías (incluido *La cara oculta de Camelot*, de Seymour Hersch), las actas del día a día de la Casa Blanca y los informes médicos para armar con ellos su ficción de voyeur.

Mercurio presenta, en lo íntimo, a un Kennedy afectado por la muerte de su primera hija y como una persona lastrada gravemente por al menos veinte enfermedades, del mal de Addison al colapso vertebral lumbar. "El se creía un adicto sexual, pero no lo era. Un sexoadicto es como un drogadicto, está dispuesto a todo con tal de conseguir sexo o droga. Hay personas que saben controlarse y excusan sus incontinencias alegando que están enfermos. 'No es mi culpa', dicen. Él simplemente era compulsivo y un hombre de su tiempo. Hasta los periodistas lo comprendían y callaban. Sólo cuando la mujer se rebeló, cambiaron las cosas. A Clinton le hubiera encantado vivir en la época de Kennedy". En la novela, Mercurio escribe: "¿Cuántos casados rechazarían la oportunidad de acostarse con una beldad maravillosa, si estuvieran seguros de su impunidad?" Y en otro párrafo: "Los hombres no pagan a las prostitutas por el sexo: se les paga por marcharse y no contarlo".

La liberación de la mujer y el



MARC ARIAS

¿Ficción? Mercurio presenta a un Kennedy que tenía dolor de cabeza si estaba tres días sin acostarse con una mujer

caso Profumo cambiaron las cosas. Jed Mercurio cita la posibilidad de una amante alemana que pudiera haber pasado información a los comunistas. Y aunque cree que se puede amar sinceramente a una sola mujer -Jackie- mientras se pasa revista a un ejército de cuerpos nuevos para desahogar su libido, Mercurio se plantea un solo problema moral. "¿Hasta qué punto las relaciones sexuales con becarias de 19 años fueron libremente consentidas? ¿Se vieron ellas anuladas por el estatus del presidente de Estados Unidos y cuando llegaron a sus

casas se sintieron violadas?".

Aun así, Mercurio desliza una moraleja final. El día fatídico de Dallas, Kennedy llevaba una faja ortopédica para mantener la cabeza erguida. Su dolencia en la espalda venía de cuando intentó salvar a un soldado herido, pero se agravó durante sus maniobras nocturnas en un hotel de El Paso. Fue eso -dice Mercurio- lo que le impidió agacharse y esquivar el segundo disparo mortal de Lee Oswald. ●